

# La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:  
Adéu siau

Autor/es:  
Torrell, Josep

Citar como:  
Torrell, J. (1999). Adéu siau. La madriguera. (15):47-47.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/41741>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



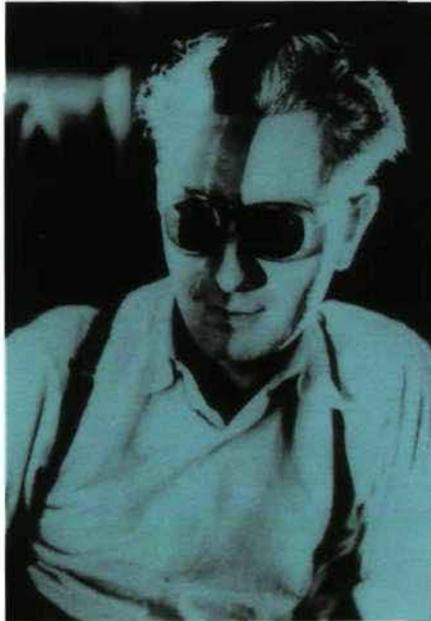
# Adéu siau

## Adeu siau

Josep Torrell

Ha muerto un amigo y un maestro. Se llamaba Joan Brossa, falleció el 30 de diciembre de 1998. Poeta, artista, autor escénico: así le recuerdan las necrológicas. Vanguardista en arte y rojo en política, era un hombre ingenioso e irónico. Infatigable y austero, Manuel Sacristán le caracterizó como "uno de los escritores celtibéricos que menos plusvalía ha consumido". También hizo cine. Pere Portabella le escogió como interlocutor y colaborador en el guión de sus primeras películas. Brossa intervino así en la preparación de *No compteu amb els dits* (1967), *Nocturn 29* (1968), *Cuadecuc* (1970) y *Umbracle* (1972), cuatro títulos que componen uno de los episodios más importantes de la historia del cine español. Celoso topógrafo de los confines de su obra, en los últimos años Brossa sólo consideraba plenamente "acabadas" —es decir, suyas— *No compteu amb els dits* i *Cuadecuc*.

Sin embargo, cuando él hablaba de su relación con el cine, solía referirse a otra faceta: a su experiencia como espectador, que recorría toda su vida. Su memoria se remontaba a la niñez, a la afición de su abuela que le llevaba al cine todos los jueves. Con ella recordaba haber visto *Los cuatro diablos* (1928) de Murnau en el cine Smart, que le impresionó. El cine se convirtió para él en una referencia y un hábito. Animador de sesiones privadas (en casa de Antoni Tàpies), frecuentador de cineclubes, fue durante décadas asiduo espectador de la filmoteca de Barcelona, a la que acudía diariamente al menos a una sesión. Su disponibilidad para el entusiasmo no mermó con los años: en febrero de 1995, al finalizar la proyección de *La vie est à nous* (1936), se levantó de súbito, no habían encendido siquiera las luces, se acercó y con ese gesto típico de subir y bajar simultáneamente las dos manos, de pie en mitad del pasillo exclamó eufórico: "Això és el que hem de fer!"



Sus gustos eran tan singulares como su obra. Fue fiel a los grandes clásicos —Dreyer era su invocación más reiterada, seguido de Stroheim, Ruttman y el expresionismo alemán—, aunque dispensaba a cada obra una mirada exigente pero sin prejuicios. Desde el comienzo le hubiera gustado trabajar con H.C. Potter, el director de su admirada *Loquilandia* (1941), porque "clavaba" los personajes "aquell tio m'hauria entés". Brossa era uno de los pocos que podía afirmar sin vanagloria tener cierta

afinidad con Godard, pues las rupturas godardianas coincidían ciertamente con las invenciones metalingüísticas características de su poesía desde, al menos, la temprana fecha de 1950.

No sé si los gustos de un espectador singular tiene algún interés para el conocimiento cinematográfico (ú *no és ningú*), pero deberían tenerlo para quienes estudian la actividad de este espectador en otros campos. Es impensable que esa pertinaz atención a la pantalla no dejara una huella importante en su creación poética y escénica. Por lo menos, en dos sentidos. Uno, bastante evidente, es la profusión de alusiones cinematográficas identificable en su obra poética. El otro, menos explorado, es el modo en que el cine que le gustaba de-

terminó su visión de cómo se debería representar su poesía escénica. Lo que Brossa apreciaba en el cine norteamericano era la dirección de actores. Después de ver *El zurdo* (1958) de Arthur Penn en filmoteca sostenía que era así como se hubiera debido interpretar su teatro.

Sirvan como despedida los versos que escribió en 1968, con motivo de la muerte de Carl Theodor Dreyer: "Mestre: ...Regala'ns el teu nord,/ la resplendor perfecta de l'acord/ i la bondat ja no serà dilema.// El pensament s'aferra al teu record,/ tu, la roca darrera, el gran poema..."

Adéu siau, Brossa.